La curva del coche azul

Cuento original · Lectura orientativa: 7–9 años · Aureliano Vargas

La pista de Sara atravesaba la mesa de la sala como una carretera diminuta. Estaba hecha con tramos de cartón, cinta de papel y unos libros que sujetaban las curvas. Nico había traído su coche azul; su hermana Vera, uno rojo que llevaba años debajo de la cama.

—El mío va a ganar —anunció Nico, poniéndolo en la salida.

Sara levantó una mano.

—Aquí no gana el más rápido. Gana el que llega sin salirse.

Nico soltó el coche azul desde la marca de inicio. Rodó recto, pasó junto a una curva y, al llegar a la unión entre dos cartones, saltó hacia la mesa. La rueda delantera quedó girando en el aire.

—¡Lo sabía! —dijo Vera—. Esa rueda está torcida.

Nico examinó el coche. Empujó cada rueda con un dedo. Todas giraron.

—Si estuviera rota, no habría llegado tan lejos.

Volvió a ponerlo en la misma salida. El coche salió otra vez de la pista, casi en el mismo punto.

Sara no se rio. Tomó una hoja y dibujó un cuadrado pequeño donde acababa un tramo y empezaba el siguiente.

—Podemos discutir durante una hora —dijo—, o hacer unas pruebas.

Vera se sentó junto a la mesa.

—¿Qué quieres probar?

—Si el problema viaja con el coche o se queda en la pista.

La primera prueba ya estaba hecha: coche azul desde la salida larga, antes de la unión. Se salió justo al cruzarla. Sara escribió el resultado. Para la segunda, colocaron el rojo en la misma marca. Nico se quedó inmóvil, como si el cartón necesitara silencio.

El rojo avanzó, tocó la unión y también se salió.

—Eso no demuestra que el azul esté bien —dijo Vera—. Podrían estar mal los dos.

—Tienes razón —contestó Sara—. Nos falta cambiar el lugar de salida.

Había una segunda marca situada después de la unión, cerca de la última curva. Nico colocó allí el azul. El coche recorrió el tramo final sin caer. Después hizo lo mismo con el rojo. También llegó a la meta.

Sara puso la hoja en medio de la mesa. Tenían cuatro resultados claros: azul desde antes de la unión, fuera; rojo desde antes, fuera; azul desde después, dentro; rojo desde después, dentro.

—Los dos fallan cuando cruzan el empalme —dijo Nico—. Y los dos terminan si empiezan después.

—Entonces miremos ese lugar —propuso Vera.

Sara se agachó hasta poner los ojos a la altura de la mesa. Donde habían unido los cartones, una tapa de cuaderno sobresalía por debajo de uno de ellos. Apenas levantaba el borde, pero formaba una rampa torcida que inclinaba los coches hacia el costado.

—La tapa estaba aquí para sostener el puente —explicó Sara—. Al mover el puente, olvidé retirarla.

Nico pasó suavemente un dedo por el borde. Se notaba un escalón.

—Si quitamos toda la pista, no sabremos qué parte importaba —dijo, recordando las pruebas.

Sara retiró solo la tapa del cuaderno y volvió a unir los dos cartones con una tira de cinta plana. No cambió las ruedas, los libros ni la curva final. Pusieron el coche azul en la salida larga. Cruzó la unión sin saltar y llegó hasta el final. El rojo recorrió el mismo camino un momento después.

—¡Ahora los dos pueden pasar! —exclamó Vera.

Nico tomó la hoja de las pruebas. Estaba llena de flechas torcidas y marcas de coche que se salía.

—¿La tiramos? Ya funciona.

—Ni hablar —dijo Sara—. Sin las pruebas fallidas pensaríamos que acertamos por casualidad.

La pegaron en una caja que decía «Piezas de la pista». En lugar de un trofeo, Nico dibujó cuatro cochecitos: dos fuera del camino y dos dentro. Sara añadió un quinto, el azul después de arreglar la unión.

Al terminar, Vera hizo una curva nueva con el último pedazo de cartón.

—¿Y si el coche se sale aquí? —preguntó.

Nico sonrió.

—Primero miramos qué cambia. Después decidimos a quién echarle la culpa.